

SECCIÓN FILOSOFÍA

Psicopatía y violencia en el individuo y en el Estado

CARLOS DÍAZ

Universidad Complutense de Madrid (España)

carlosdiazh@eresmas.net

Resumen

El presente artículo argumenta eudemonológicamente a favor de una revolución personalista y comunitaria abierta a la trascendencia frente a las psicopatías del individuo y del Estado, en sí mismas inconsistentes y sólo capaces de mayor violencia según transcurre el tiempo.

Palabras clave: psicópata, poder político, mística, violencia, paz perpetua.

Abstract

This article argues eudemonologically in favor of an open transcendence personal and communitarian revolution against both individual and state psychopathy, themselves inconsistent and only capable of more violence as time passes.

Key words: psychopaths, political power, mysticism, violence, perpetual peace.

Doctor en Filosofía y Licenciado en Derecho. Fundador de los Institutos Emmanuel Mounier en España, México, Paraguay y Argentina. Profesor de Historia Comparada de las Religiones en la Facultad de Filosofía de la Universidad Complutense de Madrid. Autor de más de 200 libros de ensayo. Traducido a once idiomas. Además de los trabajos citados en este artículo podemos mencionar *Contra Prometeo* (1980), *Corriente arriba* (1985), *La política como justicia y pudor* (1992), *Soy amado, luego existo. Yo y tú* (1999), *Diez virtudes para vivir con humanidad* (2002), *Alternativas a la globalización* (2003), *La hora del personalismo comunitario: el compromiso de la acción* (2003), *Mi encuentro con el personalismo comunitario* (2006), *Pedagogía de la ética social: para una formación en valores* (2006).

Recibido: 22/Abril/2008 - Aceptado: 4/Junio/2008

1. El psicópata individual

Si tenemos en cuenta los datos de la psiquiatría y la psicología médica, los caracteres del psicópata serían básicamente los siguientes:

Carencia de empatía emocional. Cuando un psicópata –con su personalidad trastornada– intenta analizar algo que contiene una carga emocional, ya sean fotos o palabras, las partes del cerebro que se activan en él no son las mismas que las que se activan en la gran mayoría de la gente. Cuando a un psicópata le mostramos la palabra «violación» la trata como a «árbol», «silla» o «mesa». Palabras o imágenes que al resto le hieren emocionalmente, al psicópata le dejan frío, pues hay partes de su cerebro que no se activan emocionalmente: su sistema límbico (cerebro emocional) no le funciona.

Carencia de sentido moral y de remordimientos. Para el psicópata cualquier motivo es bueno. Cierta psicópata *yanky* fue condenado a muerte por asesinar a tres mujeres, aunque se suponía que esa cifra alcanzaba a diez. Los inspectores de la cárcel le decían: «Piensa en el sufrimiento de la familia de esas mujeres, confiésalo y limpia tu culpa». Todo en vano. Cuando apelaron a su sentido de la vanidad y de la megalomanía –«Recuerda que hay otro asesino en serie que ha matado a treinta, y tú sólo a tres. ¿Es que tienes menos categoría?»– terminó confesando todos sus crímenes.

Podemos conseguir que el psicópata se pregunte: «¿Me conviene seguir delinquir? ¿Me resulta rentable seguir cometiendo delitos? ¿Salgo favorecido siendo una persona violenta?». La cuestión es convencerlo de que pueden irle mejor las cosas si cambia su conducta: no podemos conseguir que tenga compasión ni que tenga ningún interés en los demás, pero puede reconducirse su egoísmo, sin pretender que el psicópata llegue a ser una buena persona, sino que se convierta en una persona a la que le interese egoístamente cumplir con la ley y no delinquir.

Carencia de sentido del tú. Ven y tratan a las personas como objetos. Jamás podrán comprender cómo te sientes tú. Carecen de compasión.

Lucidez inteligente. Inteligente y malvado: el ser más peligroso. Tiene el psicópata gran capacidad para la planeación y encuentra placer en hacer daño y matar. Manipula y engaña fingiendo fácilmente que tiene emociones y que comprende a los demás. No se entrega al crimen para liberar tensiones, sino como fuente de deleite. Si la esquizofrenia afecta a la familia, a los amigos y al propio individuo que la sufre, los psicópatas no tienen ninguna angustia

o problema. Quien lo tiene es usted, pues durante el curso de su vida la conducta del psicópata afectará a cientos e incluso a miles de personas, de modo que su impacto en sociedad es tremendo y va más allá del número de los diagnosticados como psicópatas. Están en todas partes, allí donde pueden obtener algo de poder, prestigio o dinero: siempre habrá un psicópata bien vestido e inteligente y lo hará muy bien para conseguirlo. De modo que hay muchas áreas donde pueden medrar: negocios, política... Allí el psicópata inteligente encontrará un hogar muy confortable. A diferencia del psicópata inadaptado, que finalmente acaba en la cárcel, el psicópata adaptado o integrado, en la medida en que controle su agresividad no matará, pero puede humillar, destruir y causar mucho daño.

El psicópata sabe todo lo que hace y es muy inteligente. Esto le diferencia del *psicótico*, que está fuera de sí y además ha perdido el sentido de la realidad.

Peligro. No pocos encuentran cierto placer en las biografías de los psicópatas, pues hay algo de ellos... en cualquiera de nosotros. Aproximadamente, como los esquizofrénicos, abarcan al 1% de la humanidad. Pueden haber nacido en una familia normal, en un ambiente social estable, sin problemas raciales o de otro tipo, son malas sin razón ni motivo. Ellos representan el lado más oscuro de la humanidad y son verdaderos depredadores del resto de la especie. Y cuando el ambiente o algo se desajusta, será un depredador que matará y violará sistemáticamente; y si está integrado en estructuras de poder, puede utilizar su potencial para crear Auschwitz.

¿Rehabilitación posible? Córtex prefrontal y serotonina. ¡Ninguna!, pues engañan y manipulan «gracias» a los programas de rehabilitación aprendidos, que les sirven de vacuna contra la mejora. Quienes siguieron esos programas acabaron cometiendo crímenes más graves que si no se hubieran tratado con ellos. De ahí que sólo les espera en EEUU encierro e internamiento. Como no está claro que su comportamiento se deba a una enfermedad o a un problema fisiológico, se entiende que son simplemente malvados y se les encierra de por vida: en un juicio, si los peritos determinan que una persona es un psicópata difícilmente se le concederá la libertad condicional u otros permisos y será raro que lo incluyan en programas de rehabilitación.

Uno de los factores biológicos que propician la agresividad del psicópata es el mal funcionamiento del *córtex prefrontal*, parte del cerebro situada justo encima de los ojos y que se esconde detrás de la frente y que interviene en la regulación del comportamiento activando la toma de decisiones complejas

e inhibiendo la agresividad. Si no funciona, se da una predisposición hacia la conducta delictiva.

También el desequilibrio en la producción de *serotonina*, sustancia que segrega el cerebro y que calma la irritabilidad y el comportamiento violento, puede contribuir a la existencia de nuevos *Jack el Destripador*. A menor serotonina en el fluido cerebral-espinal, más agresividad y más violencia. Si el Prozac (fluoxetina) impide que se fije la serotonina en los receptores, permanecerá fluida en el cerebro activando sus niveles y por tanto inhibiendo la agresividad.

Y esto significaría una *limitación del libre albedrío*. Hombres preocupados, cerebros devastados. Recordar sucesos desgraciados o imaginar amenazas hipotéticas puede hacernos muy infelices. Muchas de las respuestas de estrés pueden causar daños gravísimos, son tóxicas para nuestro sistema nervioso. En lo sucesivo habrá que empezar a trabajar en este nuevo vocabulario:

Rubicón cerebral: del cerebro de reptil no-integrado a cerebro humano integrado.

Lavado de cerebro y –lo que es todavía peor– *lavado de corazón*: emociones fuertes creídas por mucha gente: si todos te dicen constantemente lo mismo y nadie te ofrece algo distinto, la realidad se convertirá para ti en lo que esa gente te diga. No hay nada más, no hay opciones, no hay fuentes alternativas de información.

Globalización emocional, robótica emocional y alfabetización emocional.

2. La psicopatía de un poder político en sí mismo irredimible

Como si nada ocurriese mientras tanto en la psicopatía individual y popular, lo que suele ofrecerse contra psicopatía es platonismo, vale decir, medicación para el pueblo pero sin el pueblo, es decir, una Cruz Roja irreal que no pasa de ser un galimatías real: «Imagino una nueva autonomía de España: la Península organizada en grandes regiones. Cada cual gobernada por una Asamblea Regional o Parlamento Local, que nombraría sus magistraturas ejecutivas. La asamblea se compondría de diputados elegidos por sufragio universal directo en los distritos respectivos. A este poder local se entregaría la solución de los asuntos localizados en la existencia provincial. En manos del poder Central y su Parlamento Nacional quedarían muy pocos asuntos. A temas locales, soluciones locales. En vez de un solo Gobierno, enorme y abstracto, nueve o diez Gobiernos menores que él. Es preciso acercar todo lo posible el lugar de la sentencia al lugar de la delincuencia. La autonomía

regional traerá consigo la multiplicación de la capitalidad. Que la provincia sea lo menos provincia y lo más capital posible: eso es lo que importa conseguir». No son palabras de Proudhon, sino de Ortega y Gasset, escritas en *El Sol* en 1926. Y cabe añadir con Francisco Rodríguez: «Nos parece que don José Ortega y Gasset estaba muy lejos de imaginar la cosecha que iba a seguir a la siembra posterior de las que para muchos españoles fueron brillantísimas ideas. Pero lo que también parece seguro es que el filósofo no pensó para nada en que, puestas las Autonomías a competir entre sí, por aquello de defender unos intereses regionales siempre más cercanos al ciudadano, lo que se iba a acabar comprometiendo es la unidad de mercado y, por ello, nada menos que la unidad de España»¹. Dicho magníficamente por Teófilo González Vila: «La cuestión sobre la unidad de España entra en la órbita de lo moral por su relación con la exigencia básica de respeto a la dignidad de la persona humana y con la de servicio al bien común en cuanto conjunto de condiciones que hagan efectivamente posible el ejercicio de los derechos fundamentales y el pleno desarrollo de la persona en todas sus dimensiones... Así como es moralmente malo el egoísmo personal individual, contrario a la exigencia fundamental del amor a los demás, de la justicia y la solidaridad, así es también moralmente malo y rechazable el egoísmo colectivo grupal, tan fácilmente travestidos de amor a los demás, reducidos, sin embargo, éstos a sólo “los míos”... Ahora bien, salvo que la conmoción sentimental con que se analice la situación española, provoque una total ceguera mental, será difícil sostener que algún grupo humano se encuentra en alguno de los supuestos en que resultara moralmente admisible la pretensión secesionista»².

Ahora bien, la proclividad a abusar del poder ¿es mayor cuanto menor es la altura institucional del abusador y la distancia que le separa de su víctima? Según José María Montoto, «la proclividad a abusar del poder es mayor cuanto menor es la altura institucional del abusador y la distancia que le separa de la víctima. Esto lo sabe bien el pueblo llano, que en la Edad Media prefería que su villa o lugar dependieran directamente de la Corona (localidades de “realengo”) antes que de la nobleza, y que fueran jueces y funcionarios dependientes de aquella los que juzgaran sus conflictos y administraran sus intereses, en vez de los designados por un señor feudal. Numerosos son los topónimos que, con orgullo, aluden a dicha dependencia directa de la realeza... Cuanto más cercano sea el poder, más alta será la probabilidad de que el Administrador se vea personalmente afectado por la decisión que haya

¹ VV.AA.: *La España necesaria*. Ed. Universitas, Madrid 2008, 93.

² *Ibíd.*, 123.

de adoptar y más peligro correrá de incurrir en prevaricación y cohecho»³. ¿Correcto? No estaría yo tan de acuerdo, pese a la plausibilidad argumental que de esta afirmación se deriva, pues ¿es seguro que el «hagamos que el pueblo sea realmente soberano» de los Estados y las monarquías y las repúblicas se ve confirmado realmente por Estados, monarquías y repúblicas promotoras del lema? Desde el fundador de la teoría del Estado, Hegel⁴, pasando por Stalin y por Hitler, que no son malos pesos pesados, ¿cuántas veces no hemos visto corromperse al Poder, ubicuo y omnipresente, con sus *missi dominici*, sus brigadas populares y su pulpimórfica omnitud y en contra del pueblo? No hace tanto el PRI mexicano, a través de su caciquismo institucional, me impresionaba en Chiapas con sus carteles debidamente fijados a las paredes y legalmente sellados dictando... ¡las alineaciones de dos equipos infantiles de fútbol de la zonal!...

¿Qué diferencia *fáctica*, pues, suele darse *realmente* entre Estados, monarquías, repúblicas y dictaduras? ¿y cómo en esas condiciones puede decirse patriotismo sí, nacionalismo no? ¡La patria! ¿Cuántos pobres no habrán muerto como chinches en horrendas batallas luchando por ella, la Patria, cuyos abanderados estaban en otro sitio, entre los grandes negociantes y banqueros y magnates y mandatarios y reyes y virreyes? Todavía tengo en mi retina al expresidente corrupto Salinas de Gortari lanzando en el día conmemorativo de la independencia de México el primero conforme a jerarquía desde el balcón presidencial su «¡Viva México!», prelude sin embargo de su huida inmediata del país por gran corrupto. Aseguraba Martín Buber que quienes pronuncian el nombre de Dios han cometido también enormes atrocidades⁵, ¡pues no digamos nada bajo el manto de la Patria, donde embozados de toda laya cometen crímenes de lesa humanidad! Y no olvidemos que al «¡Viva México!» le sigue su correspondiente «¡Mueran!», muera quien sea, de la patria o de fuera de la patria, en este caso, el gachupín...

Todos contra todos, como lo muestran estas palabras de un conocido columnista: «un taxista recoge a un cliente con la idea de asaltarlo en la siguiente esquina, pero antes de llegar a la siguiente esquina es asaltado por su cliente que había parado el taxi con esa idea. A esta hipótesis le cabe una subhipótesis: el taxista recoge al cliente a quien piensa asaltar ignorando que el cliente va a asaltarlo, pero ambos ignoran que, antes de que puedan

³ Ibid., 105-106.

⁴ Cfr. C. DÍAZ: *El sueño hegeliano del Estado ético*. San Esteban, Salamanca 2000, así como nuestra traducción de la obra clásica de G. W. F. HEGEL: *Fundamentos de la Filosofía del Derecho*. Ed. Prodhufi, Madrid 1993.

⁵ Cfr. C. DÍAZ: *El humanismo hebreo de Martín Buber*. Editorial Fundación Emmanuel Mounier, Madrid 2004.

hacer nada, digamos a los veinticinco metros del trayecto, dos maleantes van a encañonarlos para hacer eso que ellos venían pensando hacer. Esta subhipótesis puede derivar en esta otra subhipótesis: cuando los dos individuos están encañonando al chofer y a su pasajero, llega una pareja de policías que los detiene, los sube a la patrulla, y los asalta durante el viaje hacia una delegación tan lejana como imaginaria. La subsubhipótesis de este asalto es que el par de policías no tiene más remedio que asaltar a quien se deje para responderle a su superior que lo espera para exigirle las ganancias del día y esto no es ni más ni menos que otro asalto»⁶.

3. La única cura posible del megapsicópata: de la política sin mística a la mística sin política, no fuera de ella

Y es que la aporía *arriba-abajo*, así como su correlativa *autonomía-heteronomía* no pasan de ser disquisiciones formales, cuando lo único realmente real y definitivamente definitorio es la alternativa *pronto-tarde*, que por ser temporal es real; dicho de otro modo: ¿cuándo comienza la acción democrática? La primera cura y la más urgente del megapsicópata estatal es la salida de sí para atender al otro. El primer deber político, y por ende moral, es atender al dolor del otro, el eterno rostro de la viuda, del huérfano y del extranjero. Su dolor tiene prioridad sobre la macroeconomía y los megamundos. Este es el *currículo del sufridor político*, en el sentido de Péguy (recuérdese: «mística republicana la había cuando se daba la vida por la política; mística republicana la hay ahora, en que se vive [y de qué modo! de la República]): una militancia *intolerante* con las causas de la pobreza, marginación e injusticia; *radical* en la opción y la urgencia con los desfavorecidos; excéntrica respecto del poder, e *inmadura*, porque de los limpios de corazón es el Reino de Dios y su Justicia, que comienza en esta ciudad de los hombres⁷.

O sea, cuando empieza por transformar las condiciones de vida de los de abajo, de los heterónomos, de los *condenados de la Tierra*, como dijera tiempo ha Franz Fanon. Dime por dónde y cuando comienza tu acción y te diré por qué democracia real optas. Ese es el verdadero Rubicón de la acción política. Que es el de la acción profética y el cambio del corazón del propio corazón, la *metanóesis*. Léase, si se tiene buena voluntad y para salir de la ignorancia

⁶ Sobre el sarcasmo de los antiguos progresistas a su acomodo en «políticos republicanos», véase J. M. ORIOL: *Treinta años de encuentro*. Ed. Encuentro, Madrid 2008.

⁷ Véase C. DÍAZ: *El don de la razón cordial*. Clie, Barcelona 2006. También ibíd. *De la razón dialógica a la razón profética*. Madre Tierra, Madrid 2002.

vencible, a Emmanuel Mounier y a su maestro Charles Péguy, sobre todo, el hombre de la mística política: «Tomo a mi cargo, si las hay, las pérdidas de la librería. Los beneficios de la librería, si los hay, serán repartidos entre todos». 5 de enero de 1900: «Decir la verdad, toda la verdad, nada más que la verdad; decir tontamente la tonta verdad, decir enojosamente la enojosa verdad, decir tristemente la triste verdad»; virtudes de fortaleza eclesial («Nuestro cristianismo no será nunca ni un cristianismo parlamentario, ni un cristianismo de parroquia rica. *Notre jeunesse*»); virtudes de fortaleza paciente («Recé una hora dentro de la catedral... Recé, viejo, como nunca había rezado. Pude rezar por mis enemigos; eso no me había pasado nunca. Cuando digo enemigos sabes bien que no hablo de Laudet; por enemigos como ése soy capaz de rezar todos los días. Pero hay ciertos enemigos, ciertas cualidades de enemigos que, si tuviera que rezar por ellos normalmente, me producirían inevitablemente una crisis hepática»); virtudes de fortaleza dialéctica («En el cielo no hay aburrimiento: allí no hay ni obispos ni beatas»); virtudes de fortaleza arraigada en la gracia (El viejo tronco echará hojas y ramas, una vez más la savia trabajará el viejo tronco, y el viejo tronco volverá a florecer, el viejo tronco echará yemas y flores, hoja y frutos. Una vez más la gracia trabajará). ¡Cuánto me han ayudado personalmente la ejemplaridad virtuosa de mi maestro Mounier y la inmensa del maestro de mi maestro y por ende también maestro mío Charles Péguy! Si este libro no tiene lectores, tendremos que buscárselos⁸.

4. A más pesimismo sobre el hombre, más optimismo con la quimera del Estado no violento

Según Thomas Hobbes (1588-1679) «la naturaleza ha hecho a los hombres tan iguales en sus facultades corporales y mentales que, aunque pueda encontrarse a veces un hombre manifiestamente más fuerte de cuerpo, o más rápido de mente que otro, aun así, cuando todo se toma en cuenta en conjunto, la diferencia entre hombre y hombre no es lo bastante considerable como para que uno de ellos pueda reclamar para sí beneficio alguno que no pueda el otro pretender tanto como él. Porque, en lo que toca a la fuerza corporal, aun el más débil tiene fuerza suficiente para matar al más fuerte, ya sea por maquinación secreta o por federación con otros que se encuentran en el mismo peligro que él. Y, en lo que toca a las facultades

⁸ Ch. PÉGUY: *Verónica, diálogo de la historia y el alma carnal*. Ed. Nuevoinicio, Granada 2008; y del mismo autor, *Marcel, primer diálogo de la ciudad armoniosa*. Ed. Nuevoinicio, Granada 2007.

mentales, encuentro mayor igualdad aún entre los hombres, que en el caso de la fuerza»⁹.

De la igualdad procede la inseguridad

La igualdad genera miedo a ser atacado por el igual, y antes que ser atacado se ataca: antes de huir hacia atrás, se huye hacia adelante. Dada nuestra igualdad, nos esforzamos por subyugarnos (ponernos bajo el yugo), o por destruirnos: «De esta igualdad de capacidades surge la esperanza de alcanzar nuestros fines. Y, por lo tanto, si dos hombres cualesquiera desean la misma cosa, que, sin embargo, no pueden ambos gozar, devienen enemigos y se esfuerzan mutuamente en destruirse o subyugarse». En tres acciones, dice Hobbes, sabemos cuál es la idea que tenemos de nuestros semejantes: cada vez que salimos de casa nos armamos y procuramos ir bien acompañados; cuando vamos a dormir, atrancamos la puerta; incluso en casa, echamos el cerrojo a nuestros arcones, y todo eso sabiendo que hay leyes y empleados públicos armados para vengar todo daño que se nos pueda causar.

De la inseguridad, la guerra

Según Hobbes, «encontramos tres causas principales de riña en la naturaleza del hombre. Primero, competición; segundo, inseguridad; tercero, gloria. El primero hace que los hombres invadan por ganancia; el segundo por seguridad, y el tercero por reputación... No hay para el hombre más forma razonable de guardarse de esta inseguridad mutua que la anticipación; esto es, dominar por fuerza o por astucia... Durante el tiempo en que los hombres viven sin un poder común que les obligue a todos al respeto, están en aquella condición que se llama guerra, una guerra de todo hombre contra todo hombre. Pues la guerra no consiste sólo en hacer batallas, o en el acto de luchar; sino en un espacio de tiempo donde la voluntad de disputar en batalla es suficientemente conocida». Voluntad de poder, llamará Nietzsche más tarde a esto.

Se necesita al Estado (Leviatán) para evitar la guerra y devolvemos a la verdadera naturaleza

⁹ T. HOBBS: *Leviatán*. Ed. Nacional, Madrid 1979, cap. XIII, 222.

Pero es mejor la paz que la guerra; si por naturaleza somos violentos, por ley podemos ser pacíficos y cooperadores. Yo puedo elegir mi libertad para actuar como salvaje violento y en guerra permanente, pero entonces me destruyo. ¿Qué libertad será aquella que preserve mi vida? Pues la que es capaz de pactar. El pacto, el contrato social, nos hace pacíficos. Contrato: paz, pacto. Si quieres paz, cumple los pactos que has celebrado. Tanta importancia cobrará el posterior pacto social entre los ex-salvajes, canonizado por el Estado, que a partir de su entrada en escena quedamos definidos por él: somos naturales si actuamos de acuerdo con él. Lo natural humano no es ya el *estado natural*, lo biológico, sino lo racional bendecido por el pacto social que el Estado mismo preserva y hace cumplir. El derecho natural, nacido de la abdicación de los individuos a la violencia, surge de una violencia que se corrige dejándola en manos del Estado, que ahora aparecerá como monopolio legítimo de la violencia misma: yo me niego a mí mismo en mi condición de violento personal, transfiero esta negación al Estado, y éste me niega a mí mismo como violento. La negación de la negación es la afirmación de la libertad. En esto parecen no haber cambiado mucho las cosas: ¿quién es capaz hoy de una crítica al Estado, sobre todo cuando ha devenido Estado de bienestar? Olvidado su carácter de monopolizador de la violencia, le hemos convertido en padre benefactor.

Antes de entrar en sociedad la violencia no es justa ni injusta, ya que sólo puede hablarse de tal cuando hay leyes, y éstas sólo pueden proceder del Estado. Es algo que toda naturaleza racional apetece: a esto (y no al estado de naturaleza salvaje) podemos llamarlo propiamente natural para todo ser humano, en la medida en que todo ser humano ordena su racionalidad en orden a la convivencia. Por eso «el derecho natural es la libertad que cada hombre tiene de usar su propio poder para la preservación de su propia naturaleza. Una ley de naturaleza es un precepto o regla general encontrada por la razón, por la cual se prohíbe al hombre hacer aquello que sea destructivo para su vida o que le arrebate los medios de preservar la misma, y omitir aquello con lo que puede mejor preservarla». Natural, estatal y humano se han vuelto sinónimos. Hobbes menciona hasta diecinueve leyes naturales (de naturaleza), que giran en torno a la segunda de ellas: «Esto es aquella ley del Evangelio: todo lo que queréis que otros os hagan, hacédselo a ellos». La sexta dice: «un hombre debiera perdonar las ofensas pasadas de aquellos que, arrepentidos, lo desean». En suma, se precisa un Estado que, por la fuerza o virtud (*virtus*; fuerza) de sus leyes, nos haga racionales y, por tanto, buenos. Lo que el individuo con su razón trasgresora no puede, lo puede el Estado.

Ahora entendemos bien esta afirmación de la *Enciclopedia*: «La virtud es

en las democracias el amor a las leyes y a la patria, que exige la renuncia a uno mismo... Las leyes ocupan todas las virtudes, de las que ya, cuando aquéllas existen, no hay necesidad alguna». Así pues, son las leyes del Estado las que insuflan el espíritu, el espíritu de las leyes; las virtudes ciudadanas nada cuentan: «la política hace hacer las grandes cosas con el mínimo de virtud posible». Robespierre expresa así aquella su convicción con estas tremendas palabras a la *Convención*: «Si la virtud es competencia del gobierno popular, éste será a la vez Terror y Virtud. Sin virtud, el terror es funesto; sin Terror, la virtud es impotente. El terror no es otra cosa que la justicia rápida, severa, inflexible; es, pues, una emanación de la virtud; es menos un principio particular que una consecuencia del principio general de la democracia aplicada a las más acuciantes necesidades de la patria». Con el Terror, pues, busca Robespierre «hacer a los hombres felices y libres mediante leyes» (10 de mayo de 1793).

El Estado habrá de promover «la utilidad pública, principio de todas las virtudes humanas y fundamento de todas las legislaciones. Debe forzar a los pueblos a someterse a sus leyes; a este principio es al que hay que sacrificar todos los sentimientos, incluso el sentimiento mismo de humanidad», escribe Helvétius. Por eso «todo el arte del legislador consiste en forzar a los hombres, por el sentimiento del amor propio, a ser siempre justos entre sí. No es de la maldad de los humanos de lo que hay que quejarse, sino de la ignorancia de los legisladores que han contrapuesto siempre el interés particular al general»¹⁰; «todo el estudio de los moralistas consiste en averiguar y fijar el uso que debe hacerse de las recompensas y de los castigos, y la ayuda que se puede obtener de ellos para ligar el interés personal con el general. Dados estos antecedentes, se podría confeccionar un catecismo de probidad. Una vez establecidos esos principios ¿con qué facilidad extinguiría la superstición el legislador, suprimiría los abusos, reformaría las costumbres bárbaras!». En resumen, que «por la reforma de las leyes es por donde hay que comenzar la reforma de las costumbres». No hay más virtudes que las estatales, ser bueno coincide con ser buen miembro del Estado¹¹.

5. El Estado, psicopatía monopolista de la violencia

Según Lucy Mair el Estado es «esa parte de la organización total de una sociedad que se preocupa del mantenimiento o del establecimiento del orden

¹⁰ De l'Esprit, II, 13.

¹¹ C. DIAZ: *Eudaimonía. La felicidad como utopía necesaria*. Ed. Encuentro, Madrid 1991.

social dentro de un marco territorial *mediante el ejercicio organizado de la autoridad coactiva a través del uso, o de la posibilidad de uso, de la fuerza física*. En efecto, el Estado ha sido definido por Max Weber nada menos que como *monopolio de la violencia organizada y legalizada*: «Por Estado debe entenderse una institución política de actividad continuada, cuando y en la medida en que su cuadro administrativo mantenga con éxito la pretensión del monopolio legítimo de la coacción física para el orden vigente». Representa el monopolio de una oligarquía militar (aparato represivo), político-burocrática (Administración) y económica (resultado de las anteriores), siempre alimentada por aparatos ideológicos que la publicitan y reproducen (los medios de masa, especialmente la televisión, la escuela, etc).

Parece claro que el Estado tiene una tendencia natural a absorber todas las funciones, a restringir la autonomía de todos los grupos, a extender indefinidamente su campo de acción. El Estado, con su engranaje cada vez más pesado, representa la organización política del hombre viejo; es un pulpo omnívoro cuyo perímetro engorda a costa de la sociedad, pulpo cuanto más gordo tanto más paralítico y cuyo final es vivir exclusivamente para alimentar a su propia burocracia. Organización de las clases privilegiadas, falta a la razón de ser del Estado que es la *ejemplaridad*. Pese al actual descrédito del marxismo ayer glorificado, no diría yo que anduvo descaminado Karl Marx en su *crítica al Estado*, que básicamente se reduce a estos puntos:

a. Ningún Estado es una esencia necesaria o eterna, sino una manifestación perecedera de la historia; más aún, la auténtica democracia pide la extinción del Estado, es decir, el autogobierno popular.

b. El Estado no es síntesis de nada, sino por el contrario división y antítesis generadora de sufrimiento: antítesis entre dirigentes y dirigidos, antítesis entre formalidad aparental y contenido concreto.

c. No existe universalidad en el Estado, sino particularidad; no es la razón universal la que ilumina al gobernante, sino la contingencia con frecuencia desastrosa para los destinos de los pueblos.

d. La Constitución no está por encima de las particularidades, sino que es una particularidad más al lado de otras, solo que favorable a los más fuertes.

e. Los principios que rigen la existencia de los Estados no son las exigencias de la sagrada razón, sino la búsqueda irracional del poder.

Lo que ya es mucho más discutible, tal y como están las cosas, y para más sarcasmo por culpa también del propio marxismo, es este vaticinio cuasi apocalíptico: «El Estado es más bien un producto de la sociedad cuando llega a un grado de desarrollo determinado; es la confesión de que esa

sociedad se ha enredado en una irremediable contradicción consigo misma y está dividida por antagonismos irreconciliables. La sociedad, reorganizando de un modo nuevo la producción sobre la base de una asociación libre de productores iguales, enviará toda la maquinaria del Estado al lugar que le corresponde: al museo de antigüedades, junto a la rueca y al hacha de bronce»¹². De delirio a delirio.

6. La patología bélica y el monopolio

Tambores de guerra, rumores de sable, amenazas de bomba, el holocausto parece acercarse, está tan cercano de algunos como su propia yugular. Mientras tanto, la voluntad de unos pocos se impone a la voluntad de todos, lo cual no pasa de ser a estas alturas del tercer milenio una macabra danza y una burla de todas las exigencias de la razón. El «día después» todo será distinto y peor, pues una guerra no se borra con otra más grande, y nunca el orden nuevo se cimentó sobre el desorden anterior: ¿acaso no es para avergonzarse la contemplación de esos valles de los caídos, cuyas cruces elevadas al cielo fueron erigidas a base de trabajos forzados y humillaciones de los vencidos?

Existen en el mundo infinidad de gentes que se lanzan a la carnicería bélica porque una idea carroñera de conquista ha pasado por el cerebro de unos degenerados. La guerra es, en todo caso, algo demasiado serio como para ser dirigida por los cuatrerros mismos, que además se adornan de patriotismo a costa de las demás patrias a las que arruinan: ese patriotismo es el último refugio de los bribones. Como dijera con buen tino Gustave Flaubert, «la obligación de exaltar un rincón de la tierra marcada con rojo o azul sobre el mapa y detestar por ello los otros rincones que aparecen de color verde o negro, me ha parecido siempre algo mezquino y limitado y de una estupidez acabada».

La guerra no es otra cosa que el motor de la industria nacional de USA, y para mantenerlo engrasado y productivo se necesita todo el petróleo del mundo: guerra del petróleo y petróleo de la guerra, aunque no lo parezca, son lo mismo bajo el mismo aspecto, oro negro, dinero sucio. Dicho de otro modo: la guerra es la continuación de la rapiña por otros medios. Mientras tanto, el soldado de a pie cree que muere por la patria, pero muere por los industriales, los cuales se llevan los macabros beneficios y los honores

¹² F. ENGELS: *El origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado*. Zero, Madrid 1980, 93.

mundanos, dejando para los cadáveres unas discutibles honras fúnebres: esos funerales son ceremonias mediante las cuales los poderosos demuestran su respeto por los muertos enriqueciéndose a sí mismos, en cuanto que sepultureros.

En la guerra (y menos cuando es la guerra que el Imperio impone donde quiere, porque quiere, y como quiere) no hay legalidad, ella es la ilegalidad por excelencia, cuyo axioma primero y primario no puede ser más contradictorio que éste: «si quieres la paz, prepara la guerra». ¿Estaría en su sano juicio aquel bombero cuyo lema rezase «si quieres evitar el fuego aviva la llama?» El bombero no, pero ni siquiera el pirómano.

¿Qué es un hombre de guerra? Alguien pagado para matar a sangre fría a semejantes, quienes a él no le han hecho ningún daño, pues si se lo hubieran hecho no estarían guerreando, sino muertos. ¿Y un conquistador? Un asesino al por mayor. ¿De qué se nutre la «gloria» de un general victorioso? De la muerte de muchos inocentes en un día: la sangre sólo sirve para lavar las manos de la ambición.

No hay que darle demasiadas vueltas: la guerra es un mal radical que deshonra al ser humano, así como una auténtica derrota de la humanidad misma. La guerra no es más que un atentado contra el homo sapiens, un asesinato en masa, y el asesinato no es ni puede ser un progreso. Por lo demás, como dijera Kant, la guerra es nefanda, porque hace más hombres malos aún que los que mata, y mata cada vez más. La guerra es la salida cobarde a los problemas de la paz, por eso el que predica la guerra es un apóstol de Satán (que en hebreo significa «el acusador»).

Si un líder político periférico sirve como satélite al Imperio bélico, merece la entera desobediencia de su pueblo; por el contrario, un príncipe bueno y sabio debe amar la paz y huir de la guerra; él sabe que el único modo de vencer la guerra es evitarla, por eso en su imperio, cuando calla el tambor, la razón retoma el mando. Y, si ese príncipe es cristiano, ha de recordar siempre aquella sabia exhortación de San Bernardo de Siena: «Donde hay guerra nunca está Dios. ¿Crees que Dios está en tu casa cuando allí se mantiene la guerra y la discordia? Indudablemente, no. Solamente desea morar donde hay concordia, paz, tranquilidad y justicia».

La guerra es la fiesta de todos los muertos, y las armas el mayor enemigo de sus dueños. Vamos, pues, gentes de buena voluntad: ¡por caridad, por racionalidad, por dignidad, No a la guerra! No es la guerra lo que hace la historia, sino al contrario lo que la deshace. *No* es la guerra, sino la acumulación cotidiana de las pequeñas virtudes, la que determina la grandeza y el bienestar de las naciones. La patria no será inmortal si no la hacemos justa y buena; al olvidarlo, el imperio se

hunde un poco más sobre sus pies de barro. Si la mitad de las riquezas empleadas en los campamentos y desfiles se aplicara a redimir del error a las mentes humanas, no habría necesidad de arsenales ni de fortalezas.

7. La quimera de una paz perpetua, es decir, de una vida sin violencia

Emmanuel Kant, que deseaba fervientemente la salud de los pueblos y de las naciones, postulaba en su opúsculo *La paz perpetua* (1795) los siguientes artículos, tan bien intencionados como inmaduros:

«Primer artículo definitivo para la paz perpetua: la constitución civil de todo Estado debe ser republicana.

Segundo artículo definitivo para la paz perpetua: El derecho de gentes debe fundarse en una federación de Estados libres.

Tercer artículo definitivo para la paz perpetua: El derecho cosmopolita debe limitarse a las condiciones de la hospitalidad universal».

¡La eterna canción de los despropósitos! ¿Por qué republicana, y no más bien monárquica? ¿Dónde están los Estados libres, sobre todo cuando hoy se ha perdido la noción de soberanía en medio de la globalización? ¿Desde cuándo el derecho por sí solo es fuente de concordia, acaso no es el derecho civil para los ricos y el derecho penal para los pobres, que en la mejor de las hipótesis y conforme a ley cobran salarios de hambre, a los que llaman salarios mínimos? No, no podemos acompañar a la Ilustración, tan kantiana, en sus fantasías oníricas sobre la paz perpetua.

Necesitamos, pues, una paz de abajo arriba y de arriba abajo, sincrónica, como la diseñada por san Agustín: «La idea de una paz perfecta y universal significa necesariamente también la idea de una paz eterna, es decir, de un fin de la historia. La paz positiva es durable por su esencia. Pero en la historia siempre se trata de una paz a la vez imperfecta y parcial que contiene las razones de su propio fin, es decir, posibilidades de guerra. Una paz que es parcial, es decir, que no alcanza más que a un cierto sistema político, fuera del cual hay otros, corre siempre el riesgo de ser destruida desde fuera. Una paz que es imperfecta, que no realiza plenamente su idea propia, corre siempre el riesgo de transformarse en guerra por la manifestación de las luchas y tensiones que pertenecen a su propia estructura. Hemos constatado que una paz negativa no puede durar. Ahora añadimos que, abstracción hecha de toda intervención de los factores de fuera, la paz

de un sistema político dura únicamente en la medida de su perfección interna»¹³.

El filósofo tomista Jacques Maritain fue muy consciente de que esta paz exige la transformación del corazón desde la humilde paciencia que le es propia a la educación personalista y comunitaria: «La norma de Tomás de Aquino, en sus propios estudios, era ‘nunca dejar tras el alumno cualquier dificultad sin resolver’; ‘siempre aseguraos –avisaba a sus discípulos– de que realmente entendedís o escucháis’ y ‘evitad lanzar largas peroratas sobre cualquier cosa’. También advertía a los profesores (este consejo era realmente necesario para los educadores de su tiempo) ‘nunca cavar delante del estudiante una zanja que no puedas rellenar’; «una gran cantidad de madera húmeda arrojada al fuego solamente logra extinguirlo»¹⁴. Si estas recomendaciones están pasadas, venga Dios y lo vea.

8. El más feroz abogado de su propia causa violenta

Pero desde el origen de la humanidad los corazones de piedra y las cervices duras no se dejan labrar, como puede verse en este relato judío y en otros tantos de la tradición hasídica: «Un ladrón había robado objetos durante la noche sin ser sorprendido. Por la mañana, el portero le preguntó: ‘¿Por qué has robado?’ El ladrón contestó: ‘Soy ladrón y he hecho mi trabajo; pero tú, que tienes como trabajo permanecer en la puerta para guardarla, ¿por qué has desatendido tu trabajo? ¿Y ahora me reclamas lo que me reclamas?’. Del mismo modo, Caín habló así: ‘Yo lo maté, pero tú creaste en mí la Mala Inclinación. ¿Eres el guardián de todo y has dejado que matase a Abel? Tú lo has matado, pues tú eres el que eres llamado YO. Si hubieses acogido mi sacrificio como acogiste el suyo, yo no habría sentido celos de él’.

De inmediato, Dios, por su parte, le dijo: ‘¿Qué has hecho? La voz de la sangre de tu hermano grita...’ (Ge 5,10). Y Caín le dijo: ‘Señor del mundo, ¿no lo sabía! No había visto ningún muerto a lo largo de todos mis días. ¿Acaso sabía que, golpeándole yo con una piedra, él moriría?’. Y Dios, a su vez, le dijo: ‘Maldito seas por la tierra... Cuando trabajes la tierra, ¿no te seguirá proporcionando su fuerza! (Ge 4,12).

Y Caín le dijo: ‘Señor del mundo, ante tu Faz hay delatores que maldicen al hombre ante ti. Mi padre y mi madre están sobre la tierra e ignoran que he matado a Abel; tú, que estás en los cielos, ¿de dónde lo sabes?’. Dios le

¹³ SAN AGUSTÍN: *Comentarios a los Salmos*. Salmo 84.

¹⁴ J. MARITAIN: *La educación en la encrucijada*. Ed. Palabra, Madrid 2008, 77.

contestó: 'Estúpido, yo sostengo el mundo entero, tal como está dicho: '¡Yo hago esas cosas y yo las dirijo; quiero sosteneros y salvaros!'. Caín le dijo: 'Sostienes el mundo entero, ¿y no puedes soportar mi falta? ¡Demasiado grande es mi falta para que yo la soporte!'»¹⁵.

Por mi parte sinceramente no recuerdo haber conocido a un abogado de su propia causa tan temerario y desenvuelto como Caín, que —lejos de hablar a Dios como lo haría un israelita, es decir, con toda unción y acatamiento—, se defiende como gato en jaula del horrendo crimen de haber quitado la vida a su hermano Abel. Se nos antoja más bien a un desenfadado y dialéctico abogado posmoderno, capaz de enredarlo todo, como en el peligroso juego del triángulo de Karpman, donde todos somos la víctima, el perseguidor, y el Seudosalvador. Evidentemente, Caín no había leído a la judía Hannah Arent, para la cual hacer o tratar de convertir a los humanos en superfluos es la esencia del mal radical. La estrategia de Caín, ídolo de sí mismo cuyo propio espejo le devuelve la mirada haciéndole verse de forma narcisista, es diabólica, que desune y separa sin límite alguno, acusando a todos, paso a paso.

Primero acusa al Dios-Guardián: si hubieses estado despierto y en tu sitio, no habría pasado lo que ha pasado. Nuevamente acusa al Dios-Guardián con una doble incriminación: tú has matado a mi hermano, porque no lo has protegido; además, no me trataste como a él, y yo le maté porque sentía celos. A renglón seguido apela a la astucia: ¡No había visto ningún crimen! ¿Cómo iba yo a saber que golpeándole con una piedra moriría? Caín se defiende a sí mismo: tomé una piedra y produje magulladuras y lesiones, con mis manos y con mis pies, pues ignoraba por qué lugar sale el alma, hasta que llegó al cuello... Por fin, la última estrategia: ¿cómo puedes saber tú lo del crimen, si ni siquiera mis padres que están en la tierra y viven cerca de nosotros lo saben?

Cuando el ser humano viene al mundo, sus manos se cierran procurando aferrar lo posible, como para decir: «El mundo entero comienza a pertenecerme». Sólo cuando ha madurado y abandona el mundo sus manos están abiertas, como para decir: «De nada me he adueñado». Por la mentira, Satanás se abre camino generando homicidio desde el comienzo.

Y es que a los justos la Mala Inclinación se les aparecerá como una alta montaña. A los malvados se les aparecerá como un pelo de la cabellera; y éstos llorarán, y aquellos llorarán. Los justos llorarán y dirán: «¿Cómo hemos sido capaces de dominar una montaña tan elevada?». Los malvados llorarán y

¹⁵ Cfr. N. DE LANGE: *Judaísmo*. Ed. Riopiedras, Barcelona 1996; J. PETUCHOWSKI: *El gran libro de la sabiduría rabínica. Historias de los maestros*. Sal Terrae, Santander 2003.

dirán: «¿Cómo no hemos sido capaces de dominar un pelo de la cabellera?». Y también Dios compartirá su asombro.

9. *Civitas Dei hominumque*

«La paz del cuerpo es la ordenada compleción de sus partes. La paz del alma irracional, la ordenada calma de sus apetitos. La paz del alma racional es la concordia ordenada entre el conocimiento y la acción. La paz del cuerpo y del alma, la vida ordenada y la salud del ser vivo. La paz entre el hombre mortal y Dios es la ordenada obediencia en la fe bajo la ley eterna. La paz de los hombres, su ordenada concordia. La paz de la familia es la ordenada concordia entre los que mandan y obedecen en ella. La paz de la ciudad es la ordenada concordia entre los ciudadanos que gobiernan y los gobernados. La paz de la ciudad celestial es la ciudad ordenadísima para gozar de Dios y unos de otros en Dios. La paz de todas las cosas, la tranquilidad del orden. El orden es la disposición que asigna a las cosas iguales y a las desiguales, a cada una, su lugar»¹⁶. Esa paz es posible única y exclusivamente desde la justicia: «La misericordia y la verdad se encontraron; la justicia y la paz se abrazaron. Cumple la justicia y tendrás la paz, a fin de que se besen entre sí la justicia y la paz. Si no amas la justicia, no tendrás la paz, pues ambas se aman y se abrazan. Para que quien realiza la justicia encuentre la paz, ésta se abraza a la justicia. Son amigas. Acaso tú quieres una y no practicas la otra, pues no hay nadie que no quiera la paz, pero no todos quieren actuar la justicia. Si preguntas a todos y cada uno de los hombres ¿quieres la paz?, unánimemente te responderá todo el género humano: la deseo, la anhelo, la quiero, la amo. Entonces ama también la justicia, porque son amigas y se abrazan entre sí»¹⁷.

Y esta paz justa, paz sin violencia, paz sin psicopatías, esta paz que es tarea y no mera aliada de Oneirós e Hypnos, sólo será real y profunda si se enraíza en lo real profundo y sanador: «Como dijera Herbert Marcuse, los hombres pueden morir sin angustia si saben que aquello que aman queda a salvo de la nostalgia y del olvido. Todos necesitamos confiar, incluyendo a quienes lo niegan, pero el asunto está en el sentido que toma esa confianza, en el *hacia dónde* de la confianza: El hombre, oponiéndose al nihilismo, pronuncia y mantiene un sí fundamental ante la realidad, un sí ante la identidad, el sentido y el valor de esa misma realidad, un sí que abarca la racionalidad fundamental de la razón humana. Esta confianza de fondo en la identidad, en el sentido y

¹⁶ SAN AGUSTÍN: *La ciudad de Dios*. Libro XIV.

¹⁷ SAN AGUSTÍN: *Comentarios a los Salmos*. Salmo 84.

en el valor de la realidad, en la racionalidad fundamental de la razón humana, sólo puede estar fundada si todo eso, por su parte, no carece de fundamento, soporte y meta, sino que está basado en un origen, un sentido y un valor radicales: en esa realidad realísima que llamamos Dios. La confianza carece de fundamento sin confianza en Dios, sin fe en Dios»¹⁸.

Esta convicción no es para dormir en el corral, sino para volar alto, echando el resto, como el águila. El águila es el ave de mayor longevidad. Llega a vivir setenta años. Pero, para llegar a esa edad, a los cuarenta años deberá tomar una seria y difícil decisión. A los cuarenta años sus uñas se tornan apretadas y flexibles, sin conseguir tomar a sus presas, de las cuales se alimenta. Su pico largo y puntiagudo se curva apuntando contra su pecho. Sus alas están envejecidas y pesadas, y sus plumas gruesas. Volar se hace ya muy difícil. Entonces el águila tiene solamente dos alternativas: morir o enfrentar su dolorido proceso de renovación, que durará ciento cincuenta días. Este proceso consiste en volar hacia lo alto de una montaña y quedarse ahí en un nido cercano a un paredón, en donde no tenga necesidad de volar. Después, al encontrarse en el lugar, el águila comienza a golpear su pico contra la pared hasta conseguir arrancarlo. Después de arrancarlo, esperará el crecimiento de uno nuevo, con el que desprenderá una a una sus uñas talones. Cuando sus nuevos talones comienzan a nacer, comenzará a sacar sus plumas viejas. Después de cinco meses saldrá hacia el famoso vuelo de renovación que le dará treinta años más de vida hasta el fin del principio.

Sumario: 1. El psicópata individual; 2. La psicopatía de un poder político en sí mismo irredimible; 3. La única cura posible del megapsicópata: de la política sin mística a la mística sin política, no fuera de ella; 4. A más pesimismo sobre el hombre, más optimismo con la quimera del Estado no violento; 5. El Estado, psicopatía monopolista de la violencia; 6. La patología bélica y el monopolio; 7. La quimera de una paz perpetua, es decir, de una vida sin violencia; 8. El más feroz abogado de su propia causa violenta; 9. *Civitas Dei hominumque*.

¹⁸ H. KÜNG: *Ser cristiano*. Cristiandad, Madrid 1978, 778.